COMEDIA EN TRES ACTOS.

REYNAR DESPUES DE MORIR.

DE DON LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PRIMERA PARTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Rey Don Alonso de Portugal.
El Príncipe Don Pedro.
Doña Blanca, Infanta de Navarra.
Doña Inés de Castro, dama.
El Condestable de Portugal.
Nuño de Almeyda.
Egas Coello.
Alvar Gonzalez.
Brito.
Violante.
Alonso, niño.
Otro niño.

ACTO PRIMERO.

Salen Músicos cantando, el Príncipe vistiéndose, y el Condestable.

Mús. Soles, pues sois tan hermosos,
no arrojeis rayos soberbios
á quien vive en vuestra luz
gustoso en tan alto empleo.
Prínc. La capa. *Mús.* El Príncipe sale.
1. Prosigamos. *Prínc.* El sombrero.
Cantan.
Prínc. Ay, Inés, alma de cuanto
peno, lloro, vivo y siento!
Proseguid, cantad. *Mús.* Digamos
otra letra y tono nuevo.
Cant. Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.
Prínc. Parece que á mi cuidado
esta letra quiso hacer
(lisonjeándome el alma)
eterna en mi esposa Inés.
Volved, volved por mi vida,
á repetir otra vez
aquella letra; cantad,
que me ha parecido bien.
Mús. Pastores de Manzanares, &c.
Prínc. Pues los Pastores publican,
que tanta hermosura ven
en la deidad de mi amante,
con justa causa diré,
que en perderme fui dichoso
por tan soberano bien.
Siempre que llego al Mondego,
parece que solo al ver
á mi Inés bella, las aves
quisieran besar su pie:
las plantas de su deidad
reciben fruto; no hay mes
que en viéndola no sea Mayo:
no hay flor que á su rosicler
no tribute vasallage.
Si aquesto es verdad, si es
dueño de aves y plantas,
y de todo cuanto ve
el cielo en la tierra hermosa,
no la lisonjeo en ser
tambien yo su esclavo: amor,
pues á mi Inés me humillé,
pues me rendí á su hermosura,
á voces confesaré,
diciendo con toda el alma
á los que amantes me ven:
Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.
Sale Brito de camino.
Brit. Dele vuestra Alteza á Brito,
Príncipe, á besar los pies.

Prínc. Brito, seas muy bien venido:
cómo dejas á mi bien?
Brit. Déjame alentar un poco,
y luego te lo diré,
que aun no pienso que he llegado,
que un rocin de Lucifer,
que el Portugués llama posta,
jibas le llama el Francés,
bridon el Napolitano,
y algunas veces consier,
de tan altos pensamientos,
que en subiendo encima de él,
anda á coces con el sol,
y á cabezadas despues,
me trae sin tripas, que todas
se me han subido á la nuez
á hacer gárgaras con ellas,
sin lo que toca al borren,
que viene haciéndose ruedas
de salmon. *Prínc.* Calla, no des
suspension á mi cuidado,
sino dime cómo fue
tu viage. Cuenta, Brito,
que ya deseo saber
nuevas de mi hermosa prenda:
habla, Brito. *Brit.* Dices bien.
Prínc. Condestable, despejad,
y á esos Músicos les den,
cuando no por forasteros,
porque han celebrado á Inés.
mil escudos. *Cond.* Despejad.
Prínc. Id con Dios. *Mús.* 1. El cielo dé
á vuestra Alteza, Señor,
un siglo de vida, amen.
Prínc. Id con Dios.
Mús. 1. Qué gran valor!
2. Qué cordura! 3. Octavio, ven:
no es señor, quien señor nace,
sino quien lo sabe ser.
Vanse los Músicos y el Condestable.
Prínc. Ya, Brito, quedamos solos;
dime, cómo queda Inés?
cómo la dejaste, Brito?
Responde presto. *Brit.* A perdér
el sentido cada instante
que entre tus brazos no esté.
Prínc. Alonso y Dionis? *Brit.* El uno
jazmin, el otro clavel,
y cada cual es retrato
de los dos. *Prínc.* Has dicho bien:
Prosigue, prosigue, Brito.
Brit. Oye, y te lo pintaré,
si de tanta beldad puede
ser una lengua pincél.
Llegué à Coimbra á penas
ayer, cuando el blason de sus almenas
á un tiempo hicieron salva
los Músicos de Cámara del Alba,
el Sol, y luego el dia,
y primero que todos mi alegría:
guié los pasos luego
á la quinta, Narciso de Mondego,
que guarda en dulce empeño
la beldad soberana de tu dueño,
cuando dando á la Aurora
zelos el Sol, parece que enamora
el Oriente divino
de Inés, Sol para el Sol mas peregrino.
Que aun no he llegado, creo,
piso el umbral, y en un zaguan me apeo,
que gustan los amantes
que les vayan contando por instantes,
por puntos, por momentos,
las dichas de sus altos pensamientos;
que brevemente dichas,
no les parece que parecen dichas.
Al fin, al cuarto llego,
alborozado y sin aliento, y luego
á las cerradas puertas,
solo á tu amor eternamente abiertas,
dos veces toco en vano, (no,
que en este Oriente, aun era muy tempra-
si bien tu hermoso dueño,
rendida á tu cuidado mas que al sueño,
voces dió á las criadas,
menos de mi venida alborozadas.
Perdóneme Violante,
á quien mas debe el sueño, que su amante;
mas yo como es mi vida,
la quiero bien dormida y bien vestida,
esté ausente, ó presente,
por quien mi amor es menos penitente.
Prínc. Pasa, Brito, adelante,
y con mi amor no mezcles á Violante,
ni burles con mis veras,
que espero nuevas de mi bien. *Brit.* Esperas
las que siempre procuro
traerte, vive Dios::: al fin, el muro,
el oriente dorado,
de aquel Sol, de aquel Cielo franqueado,
sin reparo ninguno
corro los aposentos uno á uno,
y no paro hasta donde
está la esfera que este Sol esconde.
Su amor me desalumbra,
y sin la permision que se acostumbra,
verla, y hablarla trato,
que el alborozo precedió al recato.

Entro al fin, sin sentido,
y en el dorado tálamo, que ha sido
teatro venturoso,
mas de tu amor, que de tu amor reposo,
amaneciendo entonces,
y enamorando mármoles y bronces,
los ojos en estrellas,
en nieve y nácar las megillas bellas,
en claveles la boca,
la frente y manos en cristal de roca,
en rayos los cabellos,
entre Alonso y Dionís, tus hijos bellos,
asidos á porfia
(por maternal terneza, ó compañía)
al cuello de alabastro,
deidad miro á Doña Inés de Castro.
Aurora en carne humana,
terciado el Abril con la mañana:
todo un cielo abreviado,
y el Sol de dos Luceros abrazados.
Quedé tierno y dudoso,
que como de aquel árbol generoso
tan hermosos pendian,
racimos de diamantes parecian;
ella amor ostentando,
aunque de honestidad indicios dando
á la nieve divina,
de púrpura corriendo otra cortina:
que de tales mugeres,
siempre son los recatos sumilleres.
Mas encendida Aurora,
sobre las almohadas se incorpora,
y ya como embarazos,
deja á Dionís y Alonso de los brazos,
que de sentido agenos,
favores, ni ternezas echan menos:
tanto, en tan dulce empeño,
pueden los pocos años en el sueño,
y con ansia infinita,
antes que una palabra le permita,
ni besarle una mano
(recato Portugués ó Castellano)
me dijo: cómo dejas
á Pedro, Brito? Y con zelosas quejas
prosiguió (mas hermosa,
que lo está una muger que está zelosa,
porque han dado los zelos
hasta el color que visten á los cielos)
tu tardanza culpando,
en Santaren con Doña Blanca, cuando
tu padre la ha traido
para tu Esposa.
Prínc. Perderé el sentido,
Brito, si Doña Inés no fia
todo su amor á toda el alma mia:
primero verá el cielo
su vecindad de estrellas en el suelo,
verá la noche fria,
que puede competir al claro dia,
que falte la firmeza
con que adoro á mi Inés.
Brit. Oyga tu Alteza:
Basta, basta, no ofusques
mi relacion, ni de imposibles busques
mas guisados, ni modos,
que yo los doy por recibidos todos,
y lo mismo hará el dueño
por quien te has puesto en semejante empeño:
Al fin, escucha atento. *Prínc.* Prosigue.
Brit. Como digo de mi cuento...
Prínc. Acaba. *Brit.* Ve conmigo:
La tal Inés, en la ocasion que digo,
finezas y ansias junta,
y entre falsa y zelosa me pregunta:
Dime, Brito, ¿es bizarra
Doña Blanca, Infanta de Navarra,
de Pedro nueva empresa,
que viene á ser de Portugal Princesa?
Yo la respondo entonces,
haciéndome de pencas y de gonces:
Aunque Blanca no es fea,
es contigo muy poca taracea,
moneda mal segura,
que no puede correr con tu hermosura;
y si intenta igualarse
contigo, muy de noche ha de pasarse.
Entonces despertaron
Dionís y Alonso, y juntos preguntaron
á una voz por su padre;
enternecióse, oyéndoles la madre:
ó fuese amor ó zelos,
tocó á enagenar lágrimas dos cielos;
y lluvias tan extrañas,
sartas de perlas hizo las pestañas,
que en sus luces hermosas,
de perlas se volvian mariposas,
y abrasándose en ellas,
granizaron los párpados estrellas,
y viendo, contra el dia,
que abajo tanto cielo se venia,
calmando su recelo,
dile tu carta, y serenó su cielo.
Cedió á tu alegría,
convaleció de su tristeza el dia,
quedó el sol sin nublado;
porque del desprecio aljofarado,
al último suspiro,
mucho cristal sobró para zafiro,

Tomó el pliego, y besóle,
y tres, ó cuatro veces repasóle
con señas diferentes,
que es costumbre de espías y de ausentes.
Pidió la escribanía,
volvió otra vez á perturbarse el dia,
los cielos se cubrieron,
á los ojos las lágrimas salieron,
y mientras escribía,
una alma en cada lágrima cabía,
siendo en tantos renglones
las almas mucho mas que las razones.
Cerró, llorando, el pliego,
sellóle, despachóme, y parto luego
otra vez por la posta,
pareciéndome el mundo senda angosta,
y con él fuera, aparta,
entré por Santarén, y esta es la carta.

Prínc. Levanta, Brito, del suelo,
que solo tú puedes dar
tal alivio á mi pesar,
tal fin á mi desconsuelo.
Toma esta cadena, Brito,
en tanto que á besar llego
las letras de aqueste pliego.

Brit. Besa muy en hora buena,
mientras que tomada á peso,
primero yo tambien beso
las letras de esta cadena.
El Rey. *Prínc.* Mi padre? *Brit.* Señor,
el mismo... *Prínc.* Guardaré el pliego
de Inés. *Brit.* Yo á guardar llevo
mi cadena, que es mejor.

Sale el Rey.

Rey. Príncipe? *Prínc.* Señor?
Rey. Qué haceis? *Prínc.* Vos aquí?
Rey. No hay que admiraros
de que venga yo á buscaros,
Pedro, pues vos no lo haceis,
y os quisiera hablar de espacio.
Prínc. Hoy corre mi amor fortuna. *ap.*
Rey. Quién sois vos? *Brit.* Señor, soy una
sabandija de Palacio.
Rey. De qué al Príncipe servís?
Brit. De mozo fidalgo. *Rey.* Bien:
De camino estás tambien?
Brit. Soy su maza. *Rey.* Qué decís?
Brit. Que voy siempre con su Alteza
á donde quiera que va.
Rey. Y aun donde no va. *Brit.* Ya es esa
maliciosa sutileza.
Rey. Algo desembarazado
sois. *Brit.* Sí. Señor poderoso,
que en Palacio el vergonzoso
siempre el refrán ha culpado.
Rey. Cómo os llamais?
Brit. Brito. *Rey.* Vos
sois Brito? Ya quien sois sé,
sois hombre de mucha fe.
Brit. Eso, sí señor, par Dios,
porque con ella he servido
á su Alteza, como ya
de mí satisfecho está.
Prínc. Es Brito muy entendido,
con razon le estimo y quiero,
téngole notable amor.
Rey. Para que le hagais favor
no habrá menester tercero,
que en esto debe tener
gran maña y habilidad.
Brit. Mintió á vuestra Magestad,
quien fue de ese parecer;
que á su Alteza no le han dado
tan pocas prendas los cielos,
que haya menester anzuelos
en el ardid del criado.
No me ha menester á mí
para ninguna faccion,
porque los méritos son
siempre terceros de sí:
y cuando en alguna se halle
dificultosa en obrar,
no ha de ir, ni es justo, á buscar
alcahuetes á la calle;
porque el Príncipe es humano,
y alguna vez se enamora,
aunque á esta plaza hasta ahora
no le ha tomado una mano.
Vuestra Magestad Real
perdone estas baratijas,
porque hasta en las sabandijas,
la defensa es natural.
Y á Dios, que contra cautelas
de Palacio asisto en mí,
que estoy indecente así
con botas y con espuelas. *vase.*
Rey. Pedro, los que hemos nacido
padres, y Reyes, tambien
hemos de mirar el bien
comun, mas que el nuestro.
Prínc. Ha sido,
padre y señor, atencion
debida á esa Magestad:
Qué me mandais? *Rey.* Escuchad,
vereis que tengo razon.
Yo os he casado en Navarra
con la Infanta, que Dios guarde,
y en Lisboa á vuestras bodas

se han hecho fiestas, y tales,
que todos nuestros Fidalgos
procuraron señalarse,
dando muestra con su afecto
de ser nobles y leales.
Despues que llegó la Infanta,
he reparado que sale
á vuestro rostro un disgusto,
que os divierte de lo afable,
os retira de lo alegre;
y solo pueden llevarse
aquestos extremos, Pedro,
con el mucho amor de padre.
Doña Blanca disimula,
y aunque la causa no sabe,
piensa que sin duda es ella
causa de vuestros pesares.
Hacedme gusto de verla
con amoroso semblante;
Príncipe, desenojadla,
que es vuestra esposa, no halle,
cuando con vos tanto gana,
el perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
os lo pido como padre,
os lo mando como Rey,
no des lugar á enojarme.
Ella viene, aquí os quedad,
prudente sois, esto baste. *vase.*
Prínc. Ay, Inés, cómo por tí,
loco, rendido y amante,
ni admito la correccion,
ni hay ventura que me cuadre!
Sale Doña Blanca, Infanta de Navarra.
Inf. Guarde Dios á vuestra Alteza.
Prínc. Señora? *Inf.* Príncipe? *Prínc.* Dadme
la mano á besar. *Inf.* Señor,
deteneos, que no es galante
accion que beseis mi mano,
cuando advierto, que no sale
este cortesano afecto
de marido, ni de amante.
Yo, señor, soy vuestra esposa,
y debeis considerarme
Reyna ya de Portugal,
si Infanta en Navarra antes.
Prínc. Eso no, viviendo Inés: *ap.*
Señora, solo un instante
os suplico que me deis
audiencia: sentaos, y hable
el alma que muda ha estado
hasta poder declararse.
Inf. Decid. *Prínc.* Atended.
Inf. Ya oigo.
Pasad, Príncipe, adelante.
Prínc. Casé, señora, en Castilla
(obedeciendo á mi padre)
primera vez con su Infanta,
que en globos de estrellas yace.
Tuve de esta dulce union
un hijo; y puesto que sabe
vuestra Alteza estos principios,
paso á lo mas importante.
Cuando mi difunta Esposa
vino conmigo á casarse,
pasó á Portugal con ella
una Dama suya, un Angel,
una Deidad, todo un Cielo:
perdóneme que la alabe
vuestra Alteza, en su presencia,
que informarla de sus partes
importa, porque disculpe
osadas temeridades,
cuando advertida conozca
la causa de efectos tales.
Era, al fin, para acabar
la pintura de esta imágen,
el retrato de este Sol,
este archivo de Deidades,
Doña Inés de Castro Coello
de Garza, que con su padre
pasó á servir á la Reyna,
(mejor dijera á matarme)
y aunque siempre su hermosura
fue una misma, ni un instante
me atreví, señora, á verla
con pensamientos de amante:
que sola á mi esposa entonces
rendí de amor vasallage,
hasta que cruel la Parca
le cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
casarme otra vez mi padre
con vuestra Alteza, Señora,
que el Cielo mil siglos guarde,
sin que este segundo intento
conmigo comunicase:
yerro, que es fuerza que ahora
vuestro decoro lo pague,
y le sienta yo, por ser
vuestra Alteza á quien se hace
la ofensa, que el sentimiento
no será bien que me falte,
á tiempo, que por mi causa
padeceis tantos desaires:
confusa, hasta ver el fin, *ap.*
será fuerza que se halle.
Mas supuesto que es forzoso

el decirlo, y declararme,
rompa el silencio la voz,
pues que no puedo escusarme.
Muerta, señora, ya mi esposa amada,
querida tanto, como fue llorada,
pasados muchos dias de tormentos,
difunto el gusto, vivo el sentimiento:
En un jardin al declinar el dia
mil imaginaciones divertia,
mirando cuadros, y admirando flores,
archivos de hermosuras, y de olores.
Al doblar una punta de claveles,
de esta hermosa pintura de pinceles,
al pasar por un monte de azucenas,
que mirar su blancura pude apenas,
porque la candidez de su hermosura
la vista me robó con la blancura;
y en una fuente hermosa,
que tenia el remate de una rosa,
para su adorno un Fenix de alabastro,
ví á Doña Inés de Castro,
que al márgen de la fuente
se miraba en el agua atentamente:
y olvidado de mí, viendo mi muerte
en su deidad, le dije de esta suerte.
Nunca pensé que pudiera,
muerta mi esposa, querer
en mi vida otra muger,
ni que otro cuidado hubiera
con que el dolor divirtiera
de mi pena y mi dolor;
pero ya he visto el rigor,
advirtiendo tu deidad,
que aquello fue voluntad,
y aquesto solo es amor.
¿Cómo puede ser (ay Cielos!)
que en mi casa haya tenido
el mismo amor escondido,
sin que remontase el vuelo
á su atencion mi desvelo?
Cómo este bien ignoré?
Cómo ciego no miré?
Cómo en esta luz hermosa
no fui incauta Mariposa?
Y cómo no te adoré?
Hice este discurso apenas,
cuando á mirarme volvió
el rostro, y entonces yo
le dí silencio á mis penas:
heladas todas las venas,
quedé mirándola, helado;
ella el silencio turbado,
quiso hablar, y hablar no pudo,
quedó suspensa, y yo mudo,
en su imágen transformado.
El alma á verla salió
por la puerta de los ojos,
y á sus plantas por despojos
las potencias le ofreció:
el corazon se rindió
solo con llegar á ver
esta divina muger;
y ella viéndome rendido,
y en su hermosura perdido,
pagó con agradecer.
Desde este instante, señora,
desde aqueste punto, Infanta,
hicimos tan dulce union,
reciprocando las almas,
que girasol de su luz,
atento á sus muchas gracias,
vivo en ella tan unido,
debajo de la palabra
y fe de esposo, que amor,
cuando perdido se halla,
para poderle cobrar,
se busca entre nuestras ansias:
En una quinta que está
cerca de Mondego, pasa
ausencias inexcusables,
solamente acompañada,
á ratos de mi firmeza,
y siempre de su esperanza.
Tenemos de aqueste logro
de Cupido, de esta llama
del ciego Dios, dos Infantes,
dos pimpollos, ó dos ramas,
tan bellos, que es ver dos Soles
mirar sus hermosas caras.
Queremonos tan conformes,
son tan unas nuestras almas,
que á un arroyo, ó fuentecilla,
adonde algunas mañanas
sale á recibirme Inés,
todos los de la comarca
llaman por lisonjearnos,
el Penado de las ansias.
En fin, señora, mi amor
es tan grande, que no hay planta
que para amar, no me imite,
no hay árbol que con las ramas
esté tan unido, como
lo estoy con mi esposa amada.
Y aunque parezca desaire
á vuestra Alteza, contarla
aqueste empleo, he advertido
que es mejor para obligarla,
cuando engañada se advierte,

decirlo, y desengañarla.
Pues cuando de Portugal
no sea Reyna, en Alemania,
en Castilla y Aragon
hay Príncipes, que estimaran
saber aquesta ventura,
que habeis juzgado desgracia.
Y porque me espera Ines,
y culpará mi tardanza,
dadme licencia, Señora,
que á verme en su cielo vaya,
pues es bien asista el cuerpo
allá donde tengo el alma. *vase.*

Inf. Han sucedido á muger
como yo tales desaires!
¿Cómo es posible que viva
quien ha oido semejante
injuria? Al arma, venganza,
despida el pecho volcanes
hasta quedar satisfecha;
muera conmigo quien hace,
que á una Infanta de Navarra
el decoro le profanen;
que una muger zelosa y agraviada,
solo consigo misma es comparada,
que si la aflige amor, y acosan zelos,
aun seguros no están los altos cielos.

Vase, y salen Doña Inés con una escopeta, y Violante.

Viol. No estás cansada, señora?
Inés. Sí, Violante, y triste estoy,
hácia el Mondego me voy,
que el Sol el ocaso dora:
y antes que sea mas tarde,
pues Pedro no viene, quiero
retirarme. *Viol.* Siempre espero
que hagas de tu gusto alarde,
sin cuidados temerosos.
Inés. Violante, no puede ser,
que en la que llega á querer,
no hay instantes mas gustosos,
que los que da su cuidado:
¿Qué será no haber venido
mi Pedro? *Viol.* Le habrá tenido
el Rey su padre ocupado;
desecha ya la tristeza
que te aflije.

C ntan á lo lejos muy tristemente.

Inés. No te asombre,
que aunque Pedro es Rey, es hombre,
y temo olvidos. *Viol.* Su Alteza
solo en ti vive, señora,
solo tu amor le desvela.
Inés. Como el pensamiento vuela,
hizo este discurso ahora:
Violante, advierte mi pena,
que no temo sin razon,
ni esta profunda pasion
es bien que la juzgue agena.
El Príncipe mi señor,
aunque amante le he advertido,
se ve, Violante, querido,
y esto aumenta mi temor.
Advierto que se adelanta
contrastando mi fortuna,
una hermosa Venus, una
Blanca, de Navarra Infanta.
Su padre quiere casarle,
aunque casado se ve,
y puede ser que mi fe
llegue, Violante, á cansarle.
Mira tú, si mi fortuna
infelice puede ser,
que á la mas cruda muger
se la doy de dos la una.
Toma esta escopeta allá,
que aquesta la quinta es.
Viol. Descansa, Señora, pues.
Inés. Todo disgusto me da.
Viol. Quieres, Señora, que cante,
para divertir tu pena,
una letra nueva y buena,
que te alegre? *Inés.* Sí, Violante,
canta, y no por alegrar
mi pena te lo consiento,
sino porque á mi tormento
quisiera un rato aliviar.
Cant. Viol. Saudade miña,
cuando vos veria?
Inés. Diga el pensamiento,
pues solo él lo siente,
adorado ausente,
lo que de vos siento:
mi pena y tormento
se trueque en contento
con dulce porfía:
Inés y Viol. Saudade miña,
cuando vos veria?
Cant. Viol. Miña Saudade,
caro siñor meu:
á quien direi eu
tamaña verdade?
La miña vontade
cuidadosa persuade
de noite y de dia
Saudade miña,
cuándo vos veria?
Viol. Parece que se ha dormido,

y con paso diligente
vuelve atrás la hermosa fuente,
todo el curso suspendido;
dejarla quiero al beleño
de este descanso: entre tanto
que da treguas á su llanto,
árboles, guardadla el sueño. *vas.*

Sale el Príncipe y Brito.

Princ. Gracias á Dios, Brito amigo,
que he salido á ver mi bien:
Quién fue mas dichoso? quién
pudo igualarse conmigo?
Posible es, Brito, que estoy
donde pueda ver mi esposa,
entre cuya llama hermosa
siempre mariposa soy?
Brit. Tan posible, que llegamos
á la quinta que está enfrente
del Mondego. *Princ.* Aguarda, tente.
Brit. Has visto algo entre los ramos?
Princ. No ves á Inés celestial,
que aquí á la vista se ofrece?
Brit. Que está dormida parece
al márgen de aquel cristal,
que la fuente vierte: calla,
no la despiertes, Señor.
Princ. Dícelo, Brito, á mi amor.
Brit. Luego quieres despertalla?
Princ. Quiero, Brito, y no quisiera
impedirla el descansar.
Brit. Será lástima inquietar
su sosiego. *Soñ. Inés.* Tente, espera.
Princ. Parece que habla. *Brit.* Estará,
señor, entre sueño hablando.
Princ. Qué estará mi bien soñando?
Brit. Contigo el sueño será.
Inés. Que me mata: tente, aguarda:
Alonso? Dionís? Violante?
Princ. Dila, Brito, que adelante
pase, porque ya se tarda
mi deseo en ver despierto
mi hermoso Sol. *Brit.* Llega, pues,
pero despertar á Inés
será grande desacierto.
Inés. No me maten tus rigores:
por qué me quitas la vida?
Pedro, Pedro de mi vida,
esposo, mi bien. *Princ.* Amores,
mucho he debido al pesar,
que en tí ha ocasionado el sueño,
pues te trajo, hermoso dueño,
en mi pecho á descansar.
Inés. Pedro, Señor, dueño amado?
Princ. Qué tienes, Inés? *Inés.* Soñaba
que la vida me quitaba::
Princ. Quién? *Inés.* Un Leon coronado,
y á mis dos hijos (ay Cielos!)
de mis brazos agenaba,
y airado los entregaba
(aun no cesa mi recelo)
á dos brutos, que inhumanos
los apartaron de mí.
Princ. Eso, Inés; soñaste? *Inés.* Sí.
Princ. Fueron tus recelos vanos:
desecha, Inés, el dolor,
cóbrate mas valerosa,
si bien estás mas hermosa
con el susto y el temor.
Inés. Eres mio? *Princ.* Tuyo soy.
Inés. Y tuya mi fe será.
Brito. Adónde Violante está?
A pedirla zelos voy.
Inés. Nunca como hoy, dueño mio,
temí de mi amor mudanza,
no porque de ti no fio,
sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra Quinta
salí á caza esta mañana,
cuando vi una tortolilla,
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido:
yo de verla lastimada,
llegué á temer que mi suerte,
no me trajese á imitarla:
vi luego que de una vid
un olmo galan se enlaza,
y envidiosa de sus dichas,
tambien se me turba el alma:
pues un tronco bruto goza,
posesion mas bien lograda,
y yo apenas gozo el bien,
cuando todo el bien me falta.
Y como en la tortolilla
he visto mas declaradas
mis sospechas temerosas,
siendo yo tan desdichada,
no es mucho, Pedro, que tema
llegar á imitar sus ansias.
Princ. Inés, si el Sol en la tierra,
como produce las plantas,
infundiera en cada flor
una deidad, y llegara
á reducir las bellezas
con las de tu hermosa cara
(que es la mayor, dueño mio)
en otra muger, palabra
te doy, que siendo yo tuyo,
en mi corazon no hallara

ni un cortesano cariño,
ni una amorosa palabra,
ni un pequeño ofrecimiento,
ni un afecto en quien mostrara
átomos de la aficion
con que te adoro ; que tanta
fuerza tiene tu hermosura,
desde que está retratada
en mi pecho , que tu nombre
tiene por objeto el alma.
Alfonso y Dionís adónde
están? *Sale Alfonso.*
Alf. Padre? *Princ.* Prenda amada,
y vuestro hermano?
Alf. Ahora merendando estaba:
quieres que vaya á llamarlo?
Princ. Sí , mi vida. *Inés.* Espera, aguarda.
Salen Brito y Violante.
Brit. Señor , señor , oye. *Princ.* Brito,
qué dices? *Viol.* Señora? *Inés.* Cielos,
qué es esto? Dilo , Violante.
Viol. Dilo , Brito , que no puedo.
Princ. De qué os turbais? Habla ya.
Brit. Por la orilla del Mondego,
y el camino de la quinta,
tres coches se han descubierto,
y del Rey parecen. *Inés.* Ay
mas desdichas! *Princ.* Ve en un vuelo,
y reconoce quién es.
Brit. Ya yo he visto , aunque de lejos,
que el Rey y la Infanta vienen,
y Alvar Gonzalez con ellos,
y Egas Coello. *Princ.* Ambos son
dos traidores encubiertos.
Viol. Ya llegan. *Inés.* Pues ya me voy
á retirar. *Princ.* Deteneos,
señora , que estando yo
con vos , no hay que temer riesgo.
Sale el Rey, la Infanta, y Alvar Gonzalez, Egas Coello y acompañamiento.
Rey. Aquesta es la quinta , entrad:
Pedro? *Princ.* Gran Señor , qué es esto?
Inf. Ahora empieza mi venganza. *ap.*
Inés. Ahora empiezan mis recelos. *ap.*
Rey. Ahora empieza mi castigo. *ap.*
Princ. Ahora empieza mi tormento. *ap.*
Alv. Ahora se enoja el Rey. *ap.*
Ega. Ahora le quita el Reyno. *ap.*
Viol. Ahora te echan á galeras.
Brit. Ahora te dan doscientos
por alcahueta , Violante.
Viol. Miente , y calla. *Brit.* Callo y miento.
Rey. No sé cómo reportarme:
En fin , Príncipe Don Pedro,
ocasion dais á que haga
vuestro padre estos excesos,
de saliros á buscar
fuera de la Corte? *Inés.* Cielos, *ap.*
temiendo estoy su rigor!
pero con todo yo llego.
Deme vuestra Magestad
á besar su mano. *Rey.* El Cielo *ap.*
mayor belleza ha formado?
De mirarla me enternezco:
Cómo os llamais? *Inés.* Doña Inés
de Castro.
Rey. Alzaos del suelo.
Inés. Quien á vuestros pies se ve,
goza , señor , de su centro,
pues en ellos:: *Rey.* Levantad.
Inés. Toda mi ventura tengo.
Rey. Qué honestidad! qué cordura!
quién es este Caballero?
Princ. Un deudo , cercano mio.
Rey. Tambien debe ser mi deudo:
lindo es! cómo os llamais?
Alons. Alonso , al servicio vuestro.
Rey. Por vuestro abuelo será.
Inés. Tiene muy honrado abuelo.
Rey. Y muy hermosa su noble
madre! *Inf.* Qué es esto , Cielos? *ap.*
Rey. Vamos. *Inf.* A esto el Rey me trajo?
perderé el entendimiento! *ap.*
Rey. Venid, Infanta. *Coell.* Señor,
ved que para nuestro Reyno
este inconveniente es grande.
Alv. Y con este impedimento
de Doña Inés , Doña Blanca
no logrará su deseo
de casarse en Portugal.
Rey. Ya lo he mirado , Coello;
mas no es ocasion ahora
de salir de tanto empeño.
Alons. Dame la mano , señor,
y la bendicion.
Rey. Qué bueno!
Hay mas gracioso muchacho!
Inf. Mis desdichas voy sintiendo! *ap.*
Rey. A Dios, Doña Inés. *Inés.* Señor,
guarde mil años el Cielo
á vuestra Real Magestad
para mi señor , y dueño
de mi alvedrío. *Rey* Ay , Inés,
cuánto con el alma siento
no poder aquí , aunque quiera
mostrar lo mucho que os quiero?
Brit. Violante , á Dios , que me voy.
Viol. Brito , á Dios , que lo deseo.

Princ. A Dios, Inés de mi vida.
Inés. A Dios, adorado dueño.
Inf. Muerta voy. *Inés.* Yo voy sin alma.
Princ. Qué desdicha! *Inés.* Qué tormento!

ACTO SEGUNDO.

Salen la Infanta y Elvira.

Inf. Esta es ya resolucion;
no me aconsejeis, Elvira.
Elv. Infanta, señora, mira
que aventuras tu opinion.
Inf. Aunque lo advierto, no ignoro
tambien, en desprecio tal,
que una muger principal
atropelle su decoro.
Deja ya de aconsejarme,
y repara que agraviada,
ofendida y despreciada,
he de morir, ó vengarme.
A muchas ha sucedido
desprecios de voluntad,
mas no de la calidad
que yo los he padecido.
Bien, que Inés es muy bizarra,
y aunque hermosa llega á verse,
no es justo llegue á oponerse
á una Infanta de Navarra:
que compitiendo las dos,
aunque es grande su belleza,
para igualar mi grandeza
el Sol es poco, por Dios.
Elv. El Rey sale. *Inf.* Pues, Elvira,
déjame sola, que ahora
he de hablar claro. *Elv.* Señora?
Inf. Obedece, calla, y mira.
Elv. Ya me voy, y ruego al Cielo
que se acabe tu cuidado. *vase.*
Inf. El agravio declarado,
no admite ningun consuelo.

Sale el Rey.

Rey. Ninguno llegue conmigo;
dejadme solo, Coello,
que á solas pretendo hablarla:
quisiera desenojarla.
Inf. Tengo, además de sabello,
la ocasion, quiero lograr
mi intento: señor? *Rey.* Infanta?
Inf. Favor tanto, merced tanta,
que vos me vengais á honrar?
gran ventura! *Rey.* Blanca hermosa,
tanto os estimo y venero,
tanto, bella Infanta, os quiero,
que fuera dificultosa
la accion que para serviros
no emprendiera, y este afecto,
hijo de vuestro respeto,
me obliga siempre á asistiros
con un mudo afecto; y tal,
que en lo entendida y bizarra,
dudo si sois en Navarra
nacida, ó en Portugal.
Inf. Con tanto favor tratais
mi fé, que ciega os adora,
que confusa el alma ignora
el modo con que me honrais;
pero advierte mi cuidado,
viendo estos extremos dos,
que me habeis querido vos
hablar como desposado.
Y advertido del rigor
que el Príncipe usa conmigo,
como padre y como amigo
me mostrais en vos su amor.
Rey. En qué estaba divertida,
hija mia, vuestra Alteza?
Inf. Solo en pensar la presteza,
gran Señor, de mi partida.
Rey. Cómo con tal brevedad,
Infanta, quereis partir?
Inf. Eso le quiero decir,
oiga vuestra Magestad.
Por concierto de mi hermano,
y vuestros muchos pesares,
hoy hable la estimacion,
los demás afectos callen.
A este mar de Portugal,
de nuestros Navarros mares,
en una ciudad de leños,
en una escuadra volante
de Delfines que volaban
á competencia del aire,
llegué, Señor, (ay de mí!)
un Lunes, para mí Martes,
que en el dueño, y no en el dia,
se contienen los azares.
Fue tan próspero y feliz
este deseado viaje,
que parece que anunciaban
tan venturosas señales,
presagios de la desdicha
que ahora llega á atormentarme.
Salió vuestra Magestad
á recibirme y honrarme
con su persona; amor, hijo
de los afectos de padre.
Y cuando al Príncipe (ay cielos!)
esperaba para darle
entre la mano de esposa,

tiernos requiebros de amante,
posesion del alvedrío,
union de las voluntades,
supe que quedó en Lisboa,
sin que su cuidado pase
siquiera á saber con quien
su Alteza quiere casarle.
Este cuidado, ó descuido
cuidadoso, fueron parte
para empezar (qué desdicha!)
toda el alma á alborotarse,
y á temer lo que lloré
dentro de pocos instantes.
Cuatro veces murió el Sol
en los brazos de la tarde,
por cuya muerte la noche
vistió luto funerable,
primero que de su cuarto
fuese al mio á visitarme;
si fue agravio á mi decoro,
júzguelo quien amar sabe.
Al fin vuestra Magestad
fue á visitar'e una tarde:
lo que le mandó no sé;
mas bien puedo asegurarme,
que en defender mi justicia
seria todo de mi parte.
Al fin, me vió, y los empeños,
que tuve solo un instante
que le dí audiencia, no es bien
que mi lengua lo relate:
básteme, siendo quien soy,
que los sepa y que los calle;
que á no ser dentro de mí
tan bizarra y tan galante,
¿cómo pudiera pasar
por el tropel de desaires
que me han sucedido? Cómo,
sin que abortara volcanes,
que en cenizas convirtiera
á quien intentó agraviarme
atrevido y poco atento?
Vamos, señor, adelante,
y perdonad, que los zelos
llegan á precipitarme,
y el corazon á los labios
se asomó para quejarse.
Pasadas muchas injurias,
que solo en mi objeto caben,
á una quinta de Mondego
fui, porque vos me llevasteis,
á volver mas despreciada
que me habia visto antes;
pues se siente mas la ofensa,
cuando delante se hace
de quien mirando el desprecio
llegara á vanagloriarse.
Esto, señor, que parece
que es sentimiento, que hace
mi persona en lo exterior,
segun os muestra el semblante,
no es sino que así he querido
de mi suceso informarle,
porque sepa que no ignoro
lo que su Magestad sabe,
que á no ser así, es sin duda
que no pasara el desaire
de ir á requebrar los nietos,
cuando me ofreció vengarme;
y á no ser así tambien,
¿cómo pudiera llevarle,
que Doña Inés compitiera
(aunqne son muchas sus partes)
conmigo? que no lo hermoso
puede igualar á lo grande.
Decid al Príncipe, señor,
no como Rey, como Padre,
que sus empeños disculpo,
que ha acertado en emplearse
en quien tan bien le merece;
y que mire cuando agravie,
que no todas como yo
podrán desapasionarse.
Este pliego es á mi hermano,
donde le pido que trate
de enviar por mí sin que sepa
lo que ha podido obligarme,
que no es bien que le dé cuenta
de semejantes desaires.
Con mi partida, señor,
pongo fin á mis pesares,
principio al gusto de Inés,
y medio para que trate
Don Pedro su casamiento,
sin que yo pueda estorbarles,
que aunque ya lo está en secreto,
como llegó á declararme,
parece que aumenta el gusto
saber que todos lo saben.
A Dios, Señor, no me detenga
tu Magestad, ni me trate
jamás, sino de partirme,
porque seria obligarme
á que haga por detenerme,
lo que no por despreciarme.
No detenerme es cordura;
á mi cuarto voy, que es tarde;
no hay, señor, de que advertirme.

Inés. Válgame Dios! qué he de hacer?
quiero retirarme, quiero
que no me vea: mas no,
sin duda es mejor acuerdo
esperarla, y ver si pueden
cortesanos cumplimientos
obligarla. *Brit.* Dices bien.
Inés. Dime, ahora de mi dueño
cómo lo dejaste, Brito?
Tiene el Príncipe Don Pedro
salud? *Brit.* Aunque de su parte
solo á visitarte vengo,
para que sepas, señora,
lo que pasa ahora de nuevo,
no es posible: solo digo,
mi señora, que te puedo
asegurar que esta noche
vendrá á verte. *Inés.* Cierto?
Brit. Cierto. *Inés.* Y dime, Brito, qué hay
en la Corte ahora de nuevo,
de la Infanta? *Brit.* En hora mala
venga á estorbar mis intentos.
Salen la Infanta, Alvar Gonzalez, Coello y Cazadores.
Inf. Mucho he sentido perderla.
Alv. Remontó, señora, el vuelo
tanto, que ha sido imposible
el hallarla. *Inf.* El ayre, creo
que la habia transformado
para volar mas ligero,
pues de ella envidioso pudo
tomar ligereza. *Inés.* El Cielo
dé á vuestra Alteza, señora,
la vida que yo deseo.
Inf. No me estuviera muy bien:
Inés, levantad del suelo;
vos aquí? *Inés.* Si esta ventura
de hablaros, señora, y veros,
por estar aquí he ganado,
decir sin lisonja puedo,
que solo he sido dichosa
aqueste instante que os veo.
Inf. Cómo estais? *Inés.* Para serviros,
como mi señora y dueño.
Inf. Paréceme que está triste: *ap.*
¿si ha sido porque á Don Pedro
le prendió el Rey? Es sin duda.
Pues, amor, examinemos,
si podeis vivir sin mí,
aunque muerto yo os contemplo,
para llegarlo á creer
falta el último remedio.
Triste estais. *Inés.* Señora, yo:::
Inf. No os aflijais, que os prometo
que me holgára de poder
daros, Doña Inés, consuelo.
El Príncipe en asistiros
nunca pudo ser atento,
siempre ha menester casarse;
y lo está conmigo. *Inés.* Cielos! *ap.*
qué decís? *Inf.* Que á Santaren,
como ya sabreis, fue preso,
y saldrá, para que así
con un dichoso himeneo
junte dos almas que vos
habeis dividido. *Inés.* Esto *ap.*
no se puede ya llevar,
que fuera de ser desprecio,
son zelos, y nadie ha habido
cuerda en llegando á tenerlos.
Responderla quiero. *Inf.* Inés,
suspended un poco el vuelo,
con que altiva habeis volado;
reducíos á vuestro centro,
y sírvaos de correccion,
de aviso, y de claro egemplo,
que una blanca Garza, hija
de la hermosura del viento,
voló esta tarde, y altiva,
cuando ya llegaba al cielo,
la despedazó en sus garras
un Gerifalte soberbio,
enfadado de mirar
que á su coronado ceño,
desvanecida intentase
competir: esto os advierto,
Inés, no mas que de paso;
ya me entendereis. *Inés.* No puedo
callar ya. *Alv.* Mucho la Infanta
se ha declarado. *Egas.* Yo temo
alguna desdicha aquí.
Inés. Infanta, con el respeto
que á tanta soberanía
se debe, deciros quiero
que no ajeis de mi nobleza
lo encumbrado, con egemplos.
Yo soy Doña Inés de Castro
Coello de Garza, y me veo,
si vos de Navarra Infanta,
Reyna de aqueste Emisferio
de Portugal, y casada
con el Príncipe Don Pedro
estoy, primero que vos:
mirad si mi casamiento
será, Infanta, preferido,
siendo conmigo primero.
No penseis, señora, no,
que es profanar el respeto

que debo, hablaros así,
sino responder, que intento
desempeñar á mi esposo,
pues él asiste en mi pecho,
con él hablas, no conmigo;
y puesto que soy él, debo,
si hablais como á Doña Inés,
responder como á Don Pedro.
Inf. Inés, cómo os olvidais
que la que cayó del Cielo
era Garza? *Inés.* Y Blanca, y todo,
segun vos dijisteis. *Inf.* Bueno!
Vos me respondeis á mí
equívocos desacuerdos?
Inés. Si mal he hecho, señora:::
Alv. Qué así perdiste el respeto
á tanta soberanía?
Inés. Si dije (válgame el Cielo!)
que era Blanca::: *Inf.* Bien está;
retiraos. *Inés.* Amor, qué es esto?
Egas. El Rey viene ya. *Inf.* Mi enojo
quiero reprimir. *Inés.* Yo entro,
temerosa y afligida:
Vamos, Violante, que espero
hallar en Dionís y Alonso,
remedio, si no consuelo. *vase.*
Sale el Rey y acompañamiento.
Rey. Lograr no pensé el hallaros.
Brit. Voy á decir á Don Pedro
todo cuanto ha sucedido. *vase.*
Rey. Hija, Infanta, qué es aquesto?
Cómo ha pasado la tarde
vuestra Alteza en el empleo
de la caza? *Inf.* Gran Señor,
en la falda de ese cerro,
que le guarnece de plata
un lisonjero arroyuelo,
descubrimos una Garza;
y aunque al remontar el vuelo
perdió la vida, volvió
á vivir, señor, de nuevo;
que no tengo con las Garzas,
ni jurisdiccion, ni empleo,
despues que una Garza á mí
con viles zelos me ha muerto.
Rey. No os entiendo. *Inf.* Ay, Gran Señor!
pues bien podeis entenderlo,
que no es enigma difícil,
ni es el engaño encubierto.
Doña Inés, ahora acaba
de decirme que Don Pedro
el Príncipe es ya su esposo;
y aunque él lo dijo primero,
no lo creí por pensar
que pudiera ser incierto:
Mas despues que Doña Inés,
sin decoro, y sin respeto
se atrevió á decirlo á mí,
ha sido fuerza el creerlo.
Rey. Qué, la modestia de Inés,
virtud y recogimiento,
pudo atreverse á perder
la veneracion que os tengo?
Vive Dios, Alvar Gonzalez,
que el Príncipe loco y ciego,
ha de ocasionarme á dar
con su muerte un escarmiento
tan grande, que á Portugal
sirva de futuro egemplo!
Yo remediaré esta injuria.
Inf. Señor, el mejor remedio,
es el no buscarle, que
desde este instante os prometo
olvidar, que solo olvido
puede ser, si bien lo advierto,
medio para que se acabe
mi enojo, señor, y el vuestro.
Rey. Qué os parece, Alvar Gonzalez?
Alv. Señor, si ya todo el Reyno
espera con alegría
este feliz casamiento,
será grande inconveniente
(así, Gran Señor, lo entiendo)
que no llegue á egecutarse;
y así fuera buen acuerdo
apartar á Doña Inés
de Portugal. *Rey.* Cómo puedo,
si está casada? *Alv.* Señor,
cuando aquese impedimento,
que es el mayor, no se pueda
remediar... *Rey.* Dadme consejos.
Alv. Me parece que la vida
de Inés... *Rey.* Qué decís? *Alv.* Entiendo..
Rey. Declaraos: por qué temei?
acabad. *Alv.* Tengo por cierto
que peligrará. *Rey.* Por qué?
Alv. Señor, porque en solo eso
consistía el que pudiese
gozar la Infanta á Don Pedro.
Inf. Eso no, que mis agravios,
aunque ofendida me siento,
no han de pasar a poder
conmigo mas que yo puedo.
Viva mil siglos Inés,
que si por ella padezco,
no es culpada en mis desdichas,
yo sí, pues que las merezco.
Rey. Vamos á mirar mejor

lo que se ha de hacer en esto.
Alv. A la Ciudad? *Rey.* No, que estoy
cansado, y algo indispuesto:
vamos á la casería,
Alvar Gonzalez Coello.
Inf. Está cerca? *Alv.* Sí señora.
Rey. Disponed, piadosos Cielos,
modo para consolarme,
que si aquesto dura, temo
que me han de quitar la vida
pesares y sentimientos!
Inf. Vamos, Señor. *Rey.* Vamos, hija.
Inf. Qué valor! *Rey.* Qué entendimiento!
Inf. Qué prudencia! *Rey.* Qué cordura!
Dadme la mano, que quiero
ser vuestro Escudero yo.
Inf. Tanto favor agradezco.
Rey. Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro?
Vanse, y salen Doña Inés y el Príncipe.
Inés. Digo que no me aseguro.
Princ. Posible es, que no conoces
que es imposible olvidar
Inés, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, mi bien,
y acábense los rigores,
no me maten tus desaires,
basta matarme de amores,
Tú enojada? Tú tan triste?
Cómo puede ser que borren
nublados de tu disgusto,
tus hermosos explendores?
Habla, Inés, dime tu pena;
por qué, mi bien, no respondes?
Mas vale, si he de morir,
que me refieran tus voces
la causa por qué me matas:
no es bien que sintiendo el golpe,
cuando no ignoro el morir,
el por qué, mi bien, no ignore.
Inés. Señor, esposo, mi vida,
dueño mio, Padre:: *Princ.* Ahorre
tu lengua, Inés, epitetos,
y dime ya quién te pone
à ti con tal desconsuelo,
y á mí en tales confusiones?
Inés. Tu Padre:: *Pr.* Habla. *Inés.* Pretende::
Princ. Acaba, amores. *Inés.* Dispone::
Princ. Qué te turbas? *Inés.* Que te cases.
Princ. Si aquestos son tus temores,
inadvertida has andado,
pues sabes que en todo el orbe
no he de tener otro dueño.
Inés. Aunque miro tus acciones,
esposo y señor, dispuestas
á hacerme tantos favores,
es bien que adviertas que ya
la fortuna cruel dispone
que te pierda, dueño mio,
y que de tus brazos goce
la Infanta, que te previene
tu padre para consorte;
y puesto que no es posible,
que seas mio, ni que logre
mas finezas en tus brazos.
será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,
piadosas intercesiones,
para que el Rey, de mi vida
la vital hebra no corte.
Con tus hijos viviré
en lo áspero de los montes,
compañera de las fieras,
que con gemidos feroces
pediré justicia al Cielo,
pues que no la hallé en los hombres,
de quien de tan dulce lazo
aparta dos corazones.
Mis hijos y yo, señor,
con tiernas exclamaciones,
huérfanos, y sin abrigo,
daremos egemplo al orbe
de los peligros que pasa,
y á cuántas penas se expone,
quien sin ver inconvenientes
se casa loca de amores.
Porque un tiempo me quisiste,
señor, es bien que me otorgues
esta merced; no padezca
quien fue vuestra, los rigores
de una injusticia, mi bien,
que mármoles hay y bronces,
que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo que note
la mayor fineza en vos:
mostrad, mostrad los blasones
de vuestra heroica piedad,
para que conozca el orbe
que si matarme el Rey ha pretendido,
me habeis, heroico dueño, defendido
con valiente osadía y fe constante,
por muger, por esposa y por amante.
Princ. No creyera, bella Inés,
que jamás desconfiaras
de la fe con que te adoro:
alza del suelo, levanta,
enjuga los bellos ojos,
que las perlas que derramas

parecen mal en la tierra;
en tus nácares las guarda,
que no hay en el mundo quien
se atreva, esposa, á comprarlas.
Si mi padre la cerviz
me derribara á sus plantas;
si la Infanta que aborrezco,
la vida, Inés, me quitara,
porque mi padre contento
quedase, y ella vengada;
no solo fuera su esposo,
sino que de mi garganta
derribara la cabeza,
primero que me obligara
á decir sí: que te adoro
de tal suerte, prenda amada,
que sin tí no quiero vida.
Inés. Cumplirásme esa palabra?
Princ. Digo mil veces que sí.
Inés. Pues ya mi temor se acaba.
Dime, cómo has quebrantado
la prision? *Princ.* Esta mañana,
á Egas Coello le pedí
me dejase que llegara
á verte; y aunque es traidor,
temiendo que me enojara,
no me impidió. *Inés.* Pues, señor,
volved antes que las guardas
os echen menos, que es tarde,
y volvedme á ver mañana.
Princ. A Dios, Inés. *Inés.* A Dios, Pedro,
no me olvides. *Princ.* Escusada
está, esposa, esa advertencia.
Inés. Si vuestro padre os lo manda?
Princ. No puede tener mi padre
jurisdiccion en mi alma.
Inés. Y si la Infanta porfia?
Princ. Aunque porfie la Infanta.
Inés. Y si el Reyno se conjura?
Princ. Aunque se perdiera España.
Inés. Tanta firmeza? *Princ.* Soy monte.
Inés. Tanto amor? *Princ.* Solo le iguala
el tuyo. *Inés.* Tanto valor?
Princ. Nadie en el valor me iguala.
Inés. Tu grande fe:: *Princ.* Si, que ciego
á tus luces soberanas,
no es menester que te vea
para que te adore. *Inés.* Basta.
A Dios, mi bien. *Princ.* A Dios, dueño:
quién contigo se quedara!
Inés. Quién se partiera contigo!
Muerta quedo! *Princ.* Voy sin alma!
Inés. A Dios, adorado esposo.
Princ. A Dios, esposa adorada.

ACTO TERCERO.

Dentro ruido de caza.

1. To, to, por acá acudid:
aprisa, al sabueso, aprisa.
2. Al valle, al valle, á la fuente,
no se escape; arriba, arriba,
no se nos vaya. *Dent. Brit.* Esos son
Cazadores de Coimbra.
1. Subid al monte, subid.
2. Huyendo va la Corcilla.
1. Hácia la fuente acudid.

Salen el Príncipe y Brito.

Prínc. Ay, Doña Inés de mi vida!
parecióme que acosada,
mal hallada, y perseguida,
hácia la fuente llegaba.
Brit. Quién, señor? *Prínc.* Mi Inés divina.
Brit. Otro agüerito tenemos?
Prínc. Sin duda fue fantasía,
porque á ser verdad, es cierto
que mi esposa no se iria,
Brito, á arrojar á la fuente,
sino á las lágrimas mias.
Brit. De Santaren has venido,
y ya estamos de la quinta
una legua, poco mas;
presto la verás muy fina
entre los brazos. *Prínc.* Ay, cielos!
Brit. Y ahora por qué suspiras!
Prínc. Porque no llego á sus brazos.
Brit. Todo eso es zalamería.
Prínc. Dí, Brito, que este es deseo
de gozar la peregrina
deidad de Inés, que es tan grande,
que solo pudo ella misma
igualarle. *Brit.* Así es verdad.
Prínc. Todas las flores, de envidia
suelen quedar:: *Brit.* De qué suerte?
Prínc. O agostadas, ó marchitas.
La Rosa, Reyna de todas,
mirando á mi Inés divina,
quedó corrida de verla,
pálida y envilecida.
El clavel, Brito, agostado,
cuando miro en sus megillas
mas viva púrpura envuelta
en sangre de Venus fina.
Díjome un bello Jazmin:
Jamás, Príncipe, permitas
que tu Inés vea las flores,
porque en viéndolas, corridas
no se atreven á crecer,
y tras sí mismas perdidas,
siendo maravillas todas,

dejan de ser maravillas.
Brit. Cuándo te ha hablado el Jazmin,
que te ha dicho tal mentira?
Ten seso, y vamos al caso.
Princ. Advierte, pues: yo queria,
porque ninguno me viese,
no llegar hasta la quinta,
y para eso, esta carta,
de Santaren traigo escrita,
porque desde aquí la lleves;
y otra tambien prevenida
traigo para el Condestable:
llévalas, pues. *Brit.* Y me envias
con estas cartas á mí?
Princ. Pues de quién jamás se fia
mi pecho, sino es de ti?
Parte, acaba. *Brit.* Y si por dicha
me encontrase Alvar Gonzalez,
y Egas Coello, que privan
con el Rey tu padre, ahora,
y hecha general visita
de todas las faltriqueras,
viesen las cartas, y vistas,
me mandasen ahorcar;
pregunto, señor, sería
buen viage el que habia hecho?
Princ. No temas, pues que te aníma
mi valor. *Brit.* Qué linda flema!
Si estoy ahorcado por dicha
una vez, de qué provecho
lo que me ofreces sería?
Para mí podrá valerme
tu valor en la otra vida?
Princ. Brito, llevarlas es fuerza.
Brit. Pues por qué causa á la vista
de la quinta te detienes?
Princ. Porque mi padre, en la quinta,
dicen que está de Coello,
que á cazar vino estos dias,
y no quiero que me vea.
Brit. Y si prosigue el enigma
de la Garza, estos dos Sacres,
que la prision solicitan
de Inés, pregunto, señor,
qué hará el Príncipe?
Princ. Por dicha,
aquesos Sacres villanos
se atreverán á mi dicha?
Porque guardada mi Garza,
y alentada de sí misma,
aunque con tornos la cerquen
aunque airados la persigan,
remontará tanto el vuelo,
que la perderán de vista.
Y los Sacres altaneros,
cuando vean que examina
por las campañas del aire
toda la region vacía,
cansados de remontarse,
en mirándola vecina
del Cielo, que es centro suyo,
y en él Inés esculpida,
si la buscan Garza errante,
la hallarán estrella fija.
Brit. Lindamente la has volado!
Dime ya qué determinas?
Princ. Que partas, Brito, al Mondego,
que yo te espero en la quinta
que está de allí media legua,
y una legua de Coimbra.
Brit. Allí estarás escondido,
mientras yo aviso á la Ninfa
mas hermosa de la tierra.
Princ. Sí, Brito, allí determina
mi amor quedarte esperando;
allí la esperanza mia,
hasta que te vuelva á ver
de un cabello estará asida:
allí mi amor, mal hallado,
aguardará que le digas,
si puedo llegar á ver
el objeto que le anima:
allí, Brito, viviré,
si es que puede ser que viva
quien tiene como yo tengo
en otra parte la vida.
Brit. Allí puedes esperar,
allí á que luego te diga
lo que allí ha pasado, allí,
que has dicho una retaila
de allíes, para cansar
con allíes una tia:
Cuerpo de Dios con allí!
Princ. Dila muchas cosas, dila
que las niñas de mis ojos,
en su memoria perdidas,
si bien como niñas lloran,
sienten tambien como niñas.
Brit. Viva el Príncipe Don Pedro!
Princ. Dí que Inés, mi dueño, viva.
Brit. Qué amor tan de Portugal!
Princ. Qué verdad tan de Castilla!
Vanse, y salen á un balcon Doña Inés y Violante con almohadillas.
Inés. Qué hora es? *Viol.* Las tres han dado.
Inés. Tráeme, Violante, el almohadilla.
Viol. Aquí está ya. *Inés.* Pues sentadas,
esto que falta de dia,

estaremos al balcon:
Ay de mí! *Viol.* Por qué suspiras?
Inés. Porque desde ayer estoy
sin el alma que me anima.
Viol. Cantaré? *Inés.* Canta, Violante,
divierte las penas mias.
Canta Viol. Es verdad que yo le ví
en el campo entre las flores,
cuando Celio dijo así:
Ay, que me muero de amores!
tengan lástima de mí!
Inés. Aguarda, espera, Violante,
deja ahora de cantar,
que temo alguna desdicha
que no podré remediar.
Viol. Qué tienes, señora mia?
hay algun nuevo pesar?
Inés. Por los campos del Mondego
Caballeros vi asomar,
y segun he reparado,
se van acercando acá.
Armada gente los sigue:
Válgame Dios! qué será?
A quién irán á prender?
Que aunque puedo imaginar
que es el rigor contra mí,
me hace llegarlo á dudar,
que son para una muger
muchas armas las que traen.
Viol. Jesus, señora, eso dice?
Inés. Violante, no puede mas
mi temor; pero volvamos
á la labor, que será
inadvertida prudencia
pronosticarme yo el mal.
Salen el Rey, Alvar Gonzalez, Egas Coello, y gente.
Rey. Mucho lo he sentido, Coello.
Alv. Señor, vuestra Magestad,
para sosegar el Reyno,
no lo ha podido escusar.
Egas. Señor, aunque del rigor
que querais egecutar,
os parezca que en el nuestro
haya alguna voluntad,
sabe Dios que con el alma
la quisiéramos llevar;
pero todo el Reyno pide
su vida, y es fuerza dar,
por quitar inconvenientes,
á Doña Inés::: *Rey.* Ea, callad;
válgame Dios Trino y Uno!
Que así se ha de sosegar
el Reyno! A fe de quien soy,
que quisiera mas dejar
la dilatada Corona
que tengo de Portugal,
que no egecutar severo
en Inés tal crueldad.
Llamad, pues, á Doña Inés.
Egas. Pues en su balcon está
haciendo labor. *Rey.* Coello,
visteis tan grande beldad?
Que he de tratar con rigor
á quien toda la piedad
quisiera mostrar! *Alv.* Señor,
si severo no os mostrais,
peligra vuestra Corona.
Rey Alvar Gonzalez, callad,
dejadme que me enternezca,
si luego me he de mostrar
riguroso y justiciero
con su inocente deidad.
Ay, Inés, cómo ignorante
de esta batalla campal,
es poco acero la aguja
para defenderte ya!
Llamadla, pues. *Alv.* Doña Inés,
mirad que su Magestad
manda que al punto bajeis.
Rey. Hay mas extraña maldad! *ap.*
Inés. Ponerme á los pies del Rey
será subir, no bajar.
Quítase del balcon.
Alv. Ya viene. *Rey.* No sé por dónde
la pudiera (ay Dios!) librar
de este rigor, de esta pena:
mas por Dios, que he de intentar
todos los medios posibles.
Egas Coello, mirad
que yo no soy parte en esto;
si es que se puede hallar
modo para que no muera,
se busque. *Egas.* Llego á ignorar
el modo. *Alv.* Yo no lo hallo.
Rey. Pues si los dos no le hallais,
ya nada me repliqueis.
Salen Doña Inés, los Niños y Violante.
Inés. Vuestra Magestad Real
me dé sus plantas, señor:
Dionís, Alonso, llegad,
besadle la mano al Rey.
Rey. Qué peregrina beldad! *ap.*
Válgate Dios por muger!
quién te trajo á Portugal?
Inés. No me respondes, señor?
Rey. Doña Inés, no es tiempo ya
sino de mostrarme ayrado,

porque vos la causa dais
para alborotar el Reyno,
con intentaros casar
con el Príncipe; mas esto
es fácil de remediar,
con probar que el matrimonio
no se puede hacer. *Inés.* Mirad:::
Rey. Inés, no os turbeis, que es cierto:
vos no pudisteis casar,
siendo mi deuda, con Pedro,
sin dispensacion. *Inés.* Verdad
es, señor, lo que decís;
mas antes de efectuar
el matrimonio, se trajo
la dispensacion. *Rey.* Callad, *ap.*
noramala para vos,
Doña Inés, que os despeñais.
Pues si es como vos decís,
será fuerza que murais.
Inés. De manera, Gran Señor,
que cuando vos confesais
que soy deuda vuestra, y yo,
atenta á mi calidad,
ostentando pundonores,
negada á la liviandad,
para casar con Don Pedro,
la dispensacion se trae,
mandais que muera (ay de mí!)
á manos de esta crueldad?
Luego el haber sido buena
quereis, señor, castigar.
Rey. Tambien el hombre en naciendo,
parece, si le mirais,
de pies y manos atado,
reo de desdichas ya,
y no cometió mas culpa
que nacer para llorar.
Vos nacisteis muy hermosa,
esa culpa teneis mas.
No sé, vive Dios, qué hacerme! *ap.*
Egas. Señor, vuestra Magestad
no se enternezca. *Alv.* Señor,
no mostreis ahora piedad,
mirad que aventurais mucho.
Rey. Callad, amigos, callad,
pues no puedo remediarla,
dejádmela consolar:
Doña Inés, hija, Inés mia:::
Inés. Estoy perdonada ya?
Rey. No, sino que quiero yo
que sintamos este mal
ambos á dos, pues no puedo
librarte. *Inés.* Hay desdicha igual!
Por qué, Señor, tal rigor?
Rey. Porque todo el Reyno está
conjurado contra vos.
Inés. Dionís, Alonso, llegad,
suplicad á vuestro Abuelo
que me quiera perdonar.
Rey. No hay remedio. *Alons.* Abuelo mio::
Dion. No ve a mi madre llorar?
pues por qué no la perdona?
Rey. Apenas puedo yo hablar!
Inés, que murais es fuerza;
y aunque la muerte sintais,
sabe Dios, aunque yo viva,
quién ha de sentirla mas.
Inés. No siento, señor, no siento
esta desdicha presente,
sino porque Pedro ausente,
tendrá mayor sentimiento;
antes viene á ser contento
en mí esta muerte homicida,
que perder por él la vida,
no ha sido nada, señor,
porque ha mucho que mi amor
se la tiene ya ofrecida.
Y cuando tu Magestad
quiere quitarme la vida,
la daré por bien perdida;
que en mí viene á ser verdad
lo que parece crueldad,
si bien en viendo mi muerte,
y mi desdichada suerte,
morirá tambien mi esposo,
pues este rigor forzoso,
no será en él menos fuerte.
De parte os poned, señor,
del mal, porque al bien excede,
que ser contra quien no puede,
es flaqueza, no es valor:
si el Cielo dió á Pedro amor,
(y á mí, porque mas dichosa
mereciese ser su esposa)
belleza de él tan amada,
no me hagais vos desdichada,
pues me hizo Dios hermosa.
Sed piadoso, sed humano;
cuál hombre, por lo cortés,
vió una muger á sus pies
que no la diese una mano?
atributo es soberano
de los Reyes la clemencia:
tenga, pues, en mi sentencia
piedad vuestra Magestad,
mirando mi poca edad,
y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,

aunque el sentimiento elijo,
por muger de vuestro hijo,
por madre de vuestros nietos,
sino porque hay dos sugetos,
que muerto el uno, ambos mueren:
que si dos liras pusieren
sin disonancia ninguna,
herida sola la una,
suena esotra que no hieren.
¿Nunca, dí, llegaste á ver
una nube que hasta el Cielo
sube amenazando el suelo,
y entre el dudar y el temer,
irse á otra parte á verter,
cesando la confusion,
y no en la misma region?
Pues en Pedro esto ha de ser,
siendo nubes en su ser,
son llanto en mi corazon.
No oiste de un delinquente,
que por temor del castigo,
llevando á un Niño consigo,
subió á una torre eminente;
y que por el inocente,
daba sustento forzoso
á entrambos el Juez piadoso?
Pues yo á mi Pedro me así,
dadme vos la vida a mí,
porque no muera mi esposo.
Rey. Doña Inés, ya no hay remedio,
fuerza ha de ser que murais,
dadme mis Nietos, y á Dios.
Inés. A mis hijos me quitais?
Rey Don Alonso, señor,
por qué me quereis quitar
la vida de tantas veces?
Advertid, señor, mirad
que el corazon á pedazos
dividido me arrancais.
Rey. Llevadlos, Alvar Gonzalez.
Ines Hijos mios, dónde vais?
Dónde vais sin vuestra madre?
Falta en los hombres piedad?
Adónde vais, luces mias?
Cómo? Qué así me dejais
entre tanto desconsuelo
en manos de la crueldad?
Alons. Consuélate, madre mia,
y á Dios te puedes quedar,
que vamos con nuestro Abuelo,
y no querrá hacernos mal.
Inés. Posible es, señor, Rey mio,
Padre, que así me cerrais
la puerta para el perdon?
Que no llegueis á mirar
que soy vuestra humilde esclava!
La vida quereis quitar
á quien rendida teneis?
Mirad, Alonso, mirad,
que aunque llevais á mis hijos,
y aunque su Abuelo seais,
sin el amor de la madre
no se han de poder criar:
Ahora, señor, ahora,
ahora es tiempo de mostrar
el mucho poder que tiene
vuestra Real Magestad:
Qué me respondeis, señor?
Rey. Doña Inés, no puedo hallar
modo para remediaros;
es mi desventura tal,
que tengo ahora, aunque Rey,
limitada potestad;
Alvar Gonzalez, Coello,
con Doña Inés os quedad,
que no quiero ver su muerte.
Inés Cómo, señor, vos os vais,
y á Alvar Gonzalez, y á Coello,
inhumano me entregais?
Hijos hijos de mi vida!
dejádme os abrazar:
Alonso, mi vida, hijo,
Dionis, amores, tornad,
tornad á ver vuestra madre.
Pedro mio, dónde estás
que así te olvidas de mi?
Posible es que en tanto mal
me falte tu vista, esposo?
Quién te pudiera avisar
del peligro en que afligida
Doña Inés, tu esposa, está!
Rey Venid conmigo, infelices
Infantes de Portugal:
ó, nunca, Cielos, llegara
la sentencia á pronunciar,
pues si Inés pierde la vida,
yo tambien me voy mortal!
Vase con los Niños.
Inés. Qué al fin, no tengo remedio?
Pues Rey Alfonso, escuchad:
Apelo ante aquel Supremo
y Divino Tribunal,
á donde de tu injusticia
la causa se ha de juzgar.
Vanse, y sale el Príncipe con una caña en la mano.
Prínc. Cansado de esperar en esta quinta,
donde Amaltéa sus Abriles pinta.

con diversos colores,
cuadros de murtas, arrayan y flores,
sin temer el empeño
me he acercado por ver mi hermoso dueño,
á esta caña arrimado,
que por lo humilde solo la he estimado,
pues al verla me ofrece,
que en lo humilde á mi esposa se parece.
Entré por el jardin, sin que me viera
el Jardinero, paso la escalera,
y sin que nadie en casa haya encontrado,
he llegado á la sala del estrado.
Ola, Violante, Inés, Brito, criados?
nadie responde? Pero qué enlutados
á la vista se ofrecen?
El Condestable y Nuño no parecen.

Salen el Condestable y Nuño con luto.

Cond. Válgame Dios!
Nuñ. El Príncipe es sin duda.
Cond. Yerta tengo la voz, la lengua muda!
Prínc. Qué es esto, Condestable, qué hay de nuevo?
Cond. Decidlo, Nuño, vos.
Nuñ. Yo no me atrevo.
Prínc. Qué teneis? Respondedme en dudas tantas.
Cond. Denos tu Magestad sus Reales plantas.
Prínc. Mi Padre es muerto ya?
Cond. Señor, la Parca
cortó la vida al ínclito Monarca.
Prínc. Pues á dónde murió?
Cond. En la quinta ha sido
de Egas Coello, porque habia venido
su Magestad á caza, y de repente
le sobrevino el último accidente
de su vida, y de suerte nos quedamos,
que con haberlo visto, lo dudamos.
Prínc. Aunque con justo llanto
deba sentir haber perdido tanto,
mi mayor sentimiento
(la lengua se desmaya y el aliento!)
es el no haberme hallado
para verle morir; mas pues el hado
dispuso (adversa suerte!)
que no llegase al tiempo de su muerte,
en sus honras verán hoy mis vasallos,
á cuánto en el dolor llego á imitarlos,
excediendo á la pena de esta nueva
todo el dolor y pena que yo deba.
Y pues Inés divina es tan hermosa,
mi señora y mi esposa,
hoy su grandeza en Portugal se ostenta,
todo en aqueste dia,
si hasta aquí fue pesar, será alegría.
Llamad á mi Inés bella.
Cond. Qué desdicha!
Prínc. No se dilate, Nuño, aquesta dicha,
llamad, llamad al punto á mi Ángel bello.
Cond. Sepa tu Magestad que Egas Coello
y Alvar Gonzalez, á Castilla han ido.
Prínc. Sin duda mis enojos han temido:
alcanzadlos, que quiero
ser piadoso, no airado y justiciero:
y á los pies de mi Inés, luego postrados,
de mí y la Reyna quedarán honrados.
Nuñ. O desdichada suerte! *vase.*
Cond. Mucho temo del Príncipe la muerte.
Prínc. Qué ha llegado el dia
en que puedo decir que Inés es mia!
Qué alegre y qué gustosa
Reynará ya conmigo Inés hermosa!
Ahora de Portugal al casamiento
todo fiesta será, todo contento:
en público saldré con ella al lado:
un vestido bordado
de estrellas he de hacer, siendo adivina,
porque conozcan, siendo Inés divina,
que cuando la prefiero,
si ellas estrellas son, ella es lucero.
O, cómo ya se tarda!
Qué pension tiene quien amante aguarda!
Cómo no viene, cielos?
A buscarla entraré, que tengo zelos
de que á verme no salgan sus dos cielos.

Cantan dentro.

Mús. Dónde vas, el Caballero?
donde vas, triste de tí?
que la tu querida esposa
muerta está, que yo la ví?
Las señas que ella tenia,
bien te las sabré decir,
su garganta es de alabastro,
y sus manos de marfil.
Prínc. Aguarda, voz funesta,
da á mis recelos y temor respuesta.

Sale la Infanta y le detiene.

Inf. Espera tú, señor, que brevemente
á tu Real Magestad decirle quiero,
lo que cantó llorando el Jardinero.
Con el Rey, mi señor, que muerto yace,
por cuya muerte todo el Reyno hace
tan justo sentimiento,
á divertir un rato el pensamiento,
salí á caza una tarde,
y haciéndome á mi valor vistoso alarde,
llegué á esta quinta, á donde yace muerto:
este dolor advierto;
(ó Cielo! ó pena airada!)
hallé una flor hermosa, pero ajada,

quitando (ó dura pena!)
la fragrancia á una cándida azucena,
dejando el golpe airado
un hermoso clavel desfigurado,
trocando con airado desconsuelo
una nube de fuego en duro yelo:
y en fin, muestre valor ya tu grandeza
á quitar hoy al mundo la belleza,
provocándole á ello
Alvar Gonzalez, y el traidor Coello.
Con dos golpes airados,
arroyos de coral vi desatados,
de una garganta tan hermosa y bella,
que aun mi lengua no puéde encarecella,
pues su bella blancura
dechado fue de toda su hermosura.
Parece que no entiendes
por las señas quién es, ó que pretendes
quedar del sentimiento
por valla de su infausto monumento:
mas para que no ignores
quién padeció estos bárbaros rigores,
yo te diré quién es, estame atento,
de su sangre regado el pavimento,
sabrás que es marmol ya, es frio yelo:
murió tu bella Inés.

Princ. Válgame el Cielo! *Desmáyase.*

Inf. Del pesar que ha tomado
el nuevo Rey (ay Dios!) se ha desmayado.
Caballeros, Fidalgos, ola, gente?

Salen todos.

Cond. Qué manda vuestra Alteza?

Inf. Un accidente
al Rey le ha dado, remediadle al punto,
pues temo que es difunto;
que yo compadecida,
de que la hermosa Inés perdió la vida,
y de aqueste espectáculo sangriento,
en las alas del viento,
lastimada y amante,
á Navarra me parto en este instante. *vase.*

Cond. El Rey está desmayado:
Rey de Portugal, señor,
cese, cese ya el dolor
que el sentido os ha quitado:
si vuestra esposa ha faltado,
no falteis vos, que severo
riguroso, airado y fiero
contra quien os ofendió,
quien amante os admiró
os admire justiciero.

Vuelve en sí.

Princ. Si Inés hermosa murió,
no fue por quererme? Sí:
luego no muriera aquí,
si no me quisiera? No:
luego la causa soy yo
de la pena que le han dado?
Cómo, Pedro desdichado,
si Inés murió, vivo quedas?
Cómo es posible que puedas
no morir de tu cuidado?
En fin, Inés, por mí ha sido,
por mí que ciego te adoro
(de cólera y pena lloro!)
la muerte que has padecido.
sin haberla merecido?
Cuál fue la mano cruel
que de mi inocente Abel
(á pesar de mi sosiego)
bárbaro, atrevido y ciego,
cortó el hermoso clavel?
Qué me detengo? Yo voy,
voy á ver mi muerto bien;
quién, Cielos divinos, quién
me ha olvidado de quien soy?
Cómo reportado estoy?
Aguarda, Inés celestial,
que tambien estoy mortal,
no te partas de tu esposo,
que me dejarás quejoso,
si no partimos el mal.

Cond. Dónde vas, señor? *Princ.* A ver
á mi dueño, Inés hermosa,
á ver mi difunta esposa,
á la que Reyna ha de ser.

Cond. Mirad que podeis perder
la vida, señor. *Princ.* Callad,
dejad que la vea, dejad
que en sus brazos llegue á verme,
que no hago nada en perderme,
perdida ya su deidad.

Sale Nuño.

Nuñ. Ya á Alvar Gonzalez, y Coello
presos trajeron, señor.

Princ. Mostrar quiero mi rigor
en los dos: ay, Angel bello!
quisiera poder hacello
en estos dos inhumanos,
matándolos con mis manos,
sin que mi piedad inciten:
por las espaldas les quiten
los corazones villanos.
Y para mayor tormento
procuren, si puede ser,
que ellos los puedan ver
antes que les falte aliento:
y luego para escarmiento,

con dos crueles harpones,
entre horror y confusiones,
queden mil pedazos hechos.
Ah, si pudiera en sus pechos
haber muchos corazones!
Veamos ahora á Inés.

Cond. Gran Señor, no la veais,
mirad que así aventurais
la vida, vedla despues.

Princ. Por qué lástima teneis
de mi muerte, si estoy muerto?
Verla quiero; pero advierto,
que no puede ser mayor
mi tormento y mi dolor.

Cond. Ya, Gran Señor, está abierto.

Descúbrese Doña Inés, difunta sobre una almohada.

Princ. Posible es que hubo homicida,
fiero, cruel y tirano,
que con sacrílega mano
osó quitarte la vida?
Cómo es posible (ay de mí!)
cómo, cómo puede ser,
que quien á mí me dió el ser,
te diese la muerte á tí?
Por su cuello (pena fiera!)
corre la púrpura helada,
en claveles desatada:
Ay, Doña Inés, quién pudiera
detener ese raudal,
dar vida á ese hermoso Sol,
dar aliento á ese arrebol,
y soldar ese cristal!
Ay mano! ya sin rezelo
ser alabastro pudieras,
que hasta ahora no lo eras,
porque te faltaba el yelo.
Ya faltó tu hermoso Abril,
si bien piensa mi cuidado,
Inés, que te has transformado
en estatua de marfil.
Si la vida te faltó,
tampoco, Inés, tengo vida,
pues tu hermosa luz perdida,
no estoy menos muerto yo.
Nuño de Almeyda, á Violante
de mi parte le decid,
que os entregue una Corona
que yo á mi esposa le di
cuando me casé, en señal
de que Reynaria feliz,
si viviera. *Nuñ.* Voy por ella. *vase*

Princ. Vos, Condestable, advertid
que os encargueis del entierro,
llevándola desde aquí
á Alcobaza con gran pompa,
honrándome en ella á mí.
Y porque yo gusto de ello,
el camino hareis cubrir
de antorchas blancas (que envidie
el estrellado zafir)
todas diez y siete leguas;
que tambien lo hiciera así,
si como son diez y siete,
fueran diez y siete mil.

Sale Nuño con la Corona.

Nuñ. Esta es la Corona de oro.

Princ. De otra manera entendí
que fuera Inés coronada;
mas pues no lo conseguí,
en la muerte se corone.
Todos los que estais aquí
besad la difunta mano
de mi muerto Serafin;
yo mismo seré Rey de Armas:
silencio, silencio, oid:
Esta es la Inés laureada,
esta es la Reyna infeliz
que mereció en Portugal
Reynar despues de Morir.

Cond. Murieron los dos, á quien
espalda y pecho hice abrir.

Princ. Cubrid el hermoso cuerpo,
mientras que voy á sentir
mi desdicha. Ay bella Inés!
ya no hay gusto para mí,
pues faltándome tu Sol,
cómo es posible vivir?
Vamos á morir, sentidos;
alma, vamos á sentir.

Cond. Esta es la Inés laureada,
con que el Poeta dió fin
á su tragedia, en que pudo
Reynar despues de Morir.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1822.